

## MI ENCUENTRO CON EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

FRANCISCO PONZ,  
Pamplona, Eunsa, 2000, 170 páginas.

**F**rancisco Ponz (n. 1919) es conocido en el mundo universitario por su amplia carrera académica: Doctor en Ciencias Naturales a los 23 años y catedrático de Fisiología a los 25, desde 1966 se ha dedicado a la Universidad de Navarra, de la que fue Rector desde ese año hasta 1979, y Vicerrector desde entonces hasta 1992. Autor de varios libros de fisiología y de más de ciento setenta trabajos de investigación, en este libro ofrece su testimonio personal del período comprendido entre 1939 y 1944, en el que pudo tener un trato más cercano con el Beato Josemaría, en Madrid.

En el relato cuenta el ambiente de su juventud, marcada por la recién terminada Guerra Civil española. En ese tiempo conoció a José María Albareda, uno de los primeros Numerarios del Opus Dei, que con mucha delicadeza y respeto a su libertad le puso en contacto con el entonces joven sacerdote Josemaría Escrivá de Balaguer. El cuerpo central del libro lo ocupan los recuerdos personales del período en el cual el Opus Dei se fue ensanchando en número de

fieles y de sitios en los cuales desarrollaba su labor apostólica.

Es un testimonio particularmente importante para conocer de primera mano esos años del Opus Dei y para vislumbrar en ellos el origen divino de los modos apostólicos y las costumbres que hoy día viven millares de personas en el mundo entero. En el libro aparecen las “batallas” que el Beato Josemaría hubo de librar para llevar a cabo ese querer de Dios: la formación espiritual de sus hijos, la explicación de la naturaleza del Opus Dei y su cauce jurídico, adecuado en el Derecho de la Iglesia, y la expansión a sitios cada vez más lejanos; también, el dolor ocasionado por las contradicciones de algunas personas que no comprendían la novedad de su mensaje, “viejo como el Evangelio”, y que, en palabras de Pablo VI, es una “expresión pujante de la perenne juventud de la Iglesia”.

Al ritmo de la propia trayectoria profesional, el autor va contando los hechos de la historia de la Obra que le tocó vivir, como la primera



aprobación canónica, la muerte de la madre del Fundador, el comienzo del primer centro de estudios, la enfermedad y muerte del Siervo de Dios Isidoro Zorzano –ingeniero argentino, Numerario del Opus Dei– y la ordenación sacerdotal de los tres primeros sacerdotes, que se incardinarian en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

En el último capítulo explica el autor lo que el espíritu del Opus Dei promueve en sus fieles: *“ser personas de toda clase, condición y tipo de trabajo, que ejercen en la sociedad cualquier profesión honesta, tratan de cumplir lo mejor posible sus deberes profesionales, familiares, y sociales, se esfuerzan por llevar una vida coherentemente cristiana, y procuran que otros compartan esos mismos afanes”* (pág. 155). También insiste en la libertad que siempre han tenido los fieles de la Obra para dedicarse a una gran variedad de trabajos y adoptar en ellos las posturas que deseen, sin “otros condicionamientos que los de otros cristianos de recta conciencia”.

Explica que el Beato Josemaría hablaba de la dignidad de toda persona humana, pues Cristo entregó su vida por todos, y que, de esa manera vigorizaba en quienes lo escuchaban su responsabilidad e iniciativa, y despertaba en ellos “una honda conciencia social y apostólica” (p. 157). Por último, señala algunas ense-

ñanzas del Fundador del Opus Dei sobre la educación y el quehacer universitario.

Además de los elementos ya señalados, otra enseñanza capital del libro es, a mi juicio, la vida misma del autor. Después de más de sesenta años de haberse dedicado de lleno a vivir lo propio de su vocación laical cristiana como fiel cristiano en la Prelatura del Opus Dei, el autor puede mirar hacia atrás y darse cuenta de que han sido verdad en su existencia, gracias a la ayuda de Dios, las palabras del Beato Josemaría que cita en el Epílogo: *“Espera el Señor de vosotros y de mí que, gozosamente agradecidos por la vocación que su infinita bondad ha puesto en nuestra alma, formemos un gran ejército de sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres...”* (p. 169).

Su ejemplo es una muestra, entre muchas otras de que es verdaderamente posible lo que Juan Pablo II señalaba en la Audiencia del 17 de marzo de 2001 a los participantes en un encuentro de estudio sobre la *Novo Millennio ineunte*, promovido por la Prelatura del Opus Dei: *“Los laicos han de ser estimulados a poner, con obras, sus conocimientos propios al servicio de las ‘nuevas fronteras’, que se anuncian como otros tantos retos para la presencia salvífica de la Iglesia en el mundo. Será su testimonio directo en todos estos campos el que muestre que sólo en Cristo alcanzan su plenitud los más altos valores humanos”*. ■

EUCLIDES ESLAVA GÓMEZ